

bado nuestro movimiento local creyendo qué procedíamos como instrumentos de Lerdo de Tejada, pero una vez que viera que á todo el poder le tirábamos el guante, ya no opondría gran resistencia.

Aquel paso era de todas maneras indispensable, pues necesitábamos apoyar nuestra causa en algo mas que no fuera la parte que teníamos de la 3.^a Division, seguros aún de que tras de Zacatecas seguirían moviéndose los demas Estados desafectos ó comprometidos. El momento era crítico para separarme de S. Luis Potosí, tanto porque en la noche iba á estrenarse mi comedia de circunstancias intitulada «Los héroes del día siguiente,» como porque Granados no habia logrado acomodarse y temia yo que se tuvieran celos de su valor ó recelos de que llegara á sobreponerse; pero no era posible vacilar ante la importancia de aquella comision, asi es que al despedirme de Granados y Orellana les dije:

—Me voy, queridos amigos míos, confiando en la prudencia que sepan guardar ustedes. Adios.

CAPITULO XXXVI.

DESASTRE DE ROCHA EN SAN JOSÉ.

Llevando pues la representacion de los principales gefes pronunciados en San Luis y la mia propia, me puse en marcha para Zacatecas: en la hacienda del Carro me encontré al general Epitacio Huerta á quien no habia tenido antes oportunidad de conocer. Los dos viajábamos de incógnito, y fué verdaderamente casual que llegáramos á tener una explicacion.

Pocas esperanzas me dió el general Huerta de que el general Garcia de la Cadena quisiera secundarnos: allí habian estado ya él y Toledo ofreciéndole sus servicios y proponiéndole mil planes, sin conseguir sacarle de la mas profunda reserva.

—Y ahora, le dije, ¿va vd. á San Luis?

—Si: mi objeto era sacar algunos elementos de Zacatecas para irme á mover á Michoacan; pero cansa-

do de no conseguir nada, voy con el mismo proyecto á San Luis Potosí.

—¿Que clase de elementos son los que vd. necesita?

—Soldados, armas y dinero.

—Pues allí encontrará vd. buenos amigos y buena voluntad.

Y nos despedimos, ofreciendo volver á encontrarnos en alguna parte durante los meses que durara la nueva campaña.

Al llegar á Zacatecas me esperaba ya Toledo en la casa de Diligencias y me puso al corriente de lo que él sabia: se observaban ciertos preparativos militares practicados con gran disimulo; pero el general Garcia de la Cadena no habia respondido á sus instancias con una resolucion definitiva. Aún se temia que aquellas fuerzas que se organizaban fueran para batirnos.

En la misma noche de mi llegada tuve una conferencia con el gefe del Estado y le hice una estensa relacion de los trabajos que, en nuestro sentir, teniamos por todo el país bien ramificados, de nuestros elementos de guerra en San Luis Potosí que eran ya considerables, de la popularidad de nuestra causa y de la confianza ciega que teniamos en su patriotismo, no solo para que nos siguiera sino para que tomara la direccion en aquella arriesgada empresa.

Entonces me contestó que era cierto todo lo que yo le decia y que simpatizaba con la revolucion una vez que habia tomado un carácter popular; pero que

queria que se le hicieran algunas modificaciones al plan político fijando tales y cuales bases generales.

—No hay inconveniente, le contesté, mis facultades son amplias para acordar con vd. el plan que le parezca mas propio de las circunstancias y mas oportuno.

Entonces me leyó unos apuntes que ya tenia formulados, en los cuales no vi que se ocultara celada alguna, aunque tuvieran cierta redundancia. Se reforzaba el apoyo que debiamos dar á los principios constitucionales y no se excluia de ser llamado al poder al general Porfirio Diaz que era lo que mas interes tenia para nosotros porque le considerábamos como nuestra salvaguardia.

—En ese caso, me dijo, nos volveremos á ver mañana á esta misma hora. Recomiendo á vd. que no se entere nadie de esto porque estoy vigilado aquí por los empleados federales lo mismo que por un piquete de la 4^a Division.

—Pierda vd. cuidado, general.

Y nos despedimos hasta la noche siguiente en que debiamos dejar redondeado aquel negocio.

Eran las ocho y media de la noche cuando me retiré del Palacio: vi que entraba concurrencia á un teatro y me colé allí seguro de no ser por nadie reconocido. Me favorecia el incógnito con que viajaba y me daba seguridad el saber que me encontraba en un suelo enteramente amigo. Ningun accidente me sobrevino y antes bien estuve entretenido con el pésimo espectáculo que daba una compañía de cómicos de la le-

gua. A las doce me dirigí solo al hotel de diligencias en donde ocupaba un cuarto; eché la llave por dentro y me acosté á dormir tranquilamente.

Habia trascurrido una hora cuando mas, desde el momento en que Morfeo me habia tomado con fruición en sus cariñosos brazos, cuando varios golpes dados á la puerta de mi cuarto me despertaron con cierto sobresalto. Lo primero que hice fué incorporarme y coger mi pistola.

—Quien es? pregunté.

—Amigo, contestó el de fuera y á la vez pronunció mi nombre.

—Que se efrece?

—Abra vd. sin perder un momento: es asunto de urgencia.

La voz era desconocida y aquellas palabras me parecían un tanto cuanto sospechosas; pero me vestí pronto y estuve de un salto cerca de la puerta siempre con mi pistola preparada.

—Acerque vd. el oído á la cerradura, me dijeron.

—Ya está.

—De parte del general Garcia de la Cadena.

No escuché mas, abrí y un jóven militar de aspecto franco me saludó cortesmente. Le invité á que pasara adelante y bajando la voz con precaucion, me dijo:

—Urge que salga vd. de aquí en el acto. En este momento un capitán que manda el piquete de la fuerza federal ha recibido órden del gefe de hacienda para aprehenderlo. Parece que es una combinacion con

el general Corona que ya está en Guadalajara y el cual ha teleografiado. Yo le ruego á vd. que me siga y por la calle le daré las demas esplicaciones.

—Pero

—Pronto, pronto: me parece que se oye ya la marcha de la patrulla.

Bajamos rápidamente la escalera y echamos á andar por la parte opuesta á la que traía la fuerza federal. En efecto, descansaron las armas en la banqueta y el oficial penetró al Hotel seguido de cuatro hombres.

¡Maldicion! el pájaro habia volado.

El oficial que me conducia á mí era el teniente coronel de la guardia nacional, hoy coronel, Don Luis Garcia, el cual tuvo la galanteria de llevarme á su propia casa en donde me presentó con una de las mas amables y de las mas simpáticas familias que yo he conocido en mis peregrinaciones.

En mi segunda conferencia con el general Garcia de la Cadena quedaron convenidos todos los puntos y nos separamos como dos buenos amigos, quedando en que de allí en adelante iba á estar con nosotros en perfecta combinacion. Pensaba organizar en quince dias unos tres mil hombres: por de pronto no contaba mas que con un cuerpo de guardia nacional de 500 plazas, pero habia allí bastantes cañones, bastantes armas de todos calibres y bastante parque metálico para soportar una prolongada campaña.

Mientras que yo arreglaba aquellas cosas, nuevos incidentes habian surgido en San Luis Potosí: á la vez

que Escobedo reunía fuerzas considerables en el Bajío, el temible general Rocha con lo florido de la 3.^a División que hacía la campaña en Tamaulipas y otras fuerzas del Norte, había pasado del Saltillo y tomado la sierra para caer de sorpresa sobre San Luis Potosí: con él venían Corella, Alcántara, Mariscal, Montesinos y otros muchos gefes de reconocida importancia.

Los pronunciados determinaron dividir sus fuerzas: mientras Pedro Martínez salía con dos mil hombres á encontrar á Rocha, Aguirre se sostendría en la plaza con unos mil quinientos reclutas. A la vez Granados había caído en cama atacado de un tifo que se cebaba con furor en aquella hercúlea naturaleza, llegando un momento en que los médicos desesperaban de la curación.

Las noticias aportadas por mí de Zacatecas dieron el mas grande aliento á todos los ánimos y desde aquel momento todo el mundo creyó en el éxito de nuestra empresa. Con tal de que obtuviéramos un triunfo cualquiera, nos bastaría para levantarnos muy alto y presentar mas elementos que los que pudiera reunir sobre nosotros el gobierno, quien no podía desguarnecer muchas plazas temeroso de que se le pronunciaran las poblaciones. El mismo gobierno de Juarez tuvo el buen sentido de conocer que su vida era artificial y que vendría á tierra al punto que le faltara el apoyo compacto de sus veinte mil bayonetas.

No tardó el general Garcia de la Cadena en cumplir su palabra haciendo que la legislatura misma y las autoridades constituidas suscribieran oficialmente

el acta de pronunciamiento lo cual imprimió un carácter muy serio á la revolucion. Despues publicó tambien nuestro plan con las modificaciones acordadas.

Entre tanto las fuerzas del centro que marchaban sobre nosotros se habían contenido, fuera porque esperaran refuerzos ó porque les pareciera aventurado atacarnos en una plaza fortificada estando fuera el general Martínez con las disciplinadas tropas federales en actitud de volver sobre ellas con una fácil manobra. Pero no sucedía lo mismo con las que mandaba Rocha procedentes del Norte que siempre seguían avanzando.

Un día muy temprano, y esto cuando menos lo esperábamos los que estábamos encargados de la defensa de la plaza, empezamos á observar cierto movimiento inusitado en los arrabales de la ciudad. Algunos de los mas espantadizos empezaron á correr por las calles dando la voz de alarma.

Yo me encontraba á la cabecera del lecho de Granados cuando el general Huerta que vivía en el mismo hotel se presentó diciéndonos:

—Pedro Martínez ha sido derrotado: Aguirre se dispone á evacuar la ciudad. ¡Vámonos!

Y sin querernos dar mas esplicaciones salió á mandar ensillar sus caballos.

Granados, no obstante estar postrado por la fiebre, se incorporó y empezó á vestirse. Con grandes esfuerzos logré contenerlo y le ofrecí ir yo mismo á calmar aquella excitacion que podía sernos perjudicial.

Me encontré al general Aguirre en la puerta de su casa rodeado de su Estado Mayor y con los caballos en-

sillados. Se estaban ya cargando el dinero y los equipages en mulas aparejadas.

—¿Pero que significa esto, general? le pregunté con tono áspero.

Entonces me refirió que el jefe de un cuerpo, que dos pagadores, un aposentador y varios otros dispersos, habian llegado dando la indudable noticia de la derrota del general Martinez: que en consecuencia habia decidido evacuar la plaza y tomar el camino de Zacateces....

No lo dejé concluir desarrollando su plan de retirada y le argüí que no debia fiarse del testimonio de aquellos oficiales, á los cuales por principio de cuentas debia haber arrestando, pues demasiado sabia como militar viejo que en todos los combates siempre hay algunos pusilánimes que corren á dar malas nuevas cualquiera que sea el resultado. Le supliqué en seguida que esperara á ver confirmada la noticia por personas mas dignas de crédito, pues si la derrota era cierta no tardarian en llegar Martinez, Larrañaga ó algun otro jefe de importancia que nos diera detalles. Los informes recibidos eran tanto mas sospechosos cuanto que habian transcurrido tres horas desde su llegada y no se habian presentado mas dispersos.

Acababa de conseguir una espera de dos horas para hacer aquella retirada que iba á concluir con nuestros pequeños elementos de guerra, cuando recibimos un correo extraordinario procedente de nuestro campamento.

El general Martinez rendia un parte muy lacónico

de la batalla librada en los cerros de S. José. Rocha habia sido atacado en sus posiciones aquella madrugada y despues de cinco horas de combate fué derrotado completamente, perdiendo el kepí en la retirada, su equipage, sus elementos de guerra y muchos muertos y prisioneros: entre estos últimos estaba todo su Estado Mayor.

Brillaron los ojos de Aguirre de una manera singular, mandó que se tocaran dianas, que se dieran repiques y que se publicara solemnemente la excelente noticia. Esto es, entró la moral de nuevo en la guarnicion de S. Luis Potosi. El mismo Granados se sintió en aquel dia mas desembarazado de la fiebre y los médicos aseguraron que saliendo bien de aquel periodo de crisis que era el último, estaria salvado.

La victoria que alcanzó el general D. Pedro Martinez en las inaccesibles montañas de S. José, fué una accion de guerra de las mas notables que ha habido en México.

El general Rocha estaba á la cabeza de unos dos ó tres mil hombres de bien disciplinadas tropas y tenia á sus órdenes gefes muy valientes y distinguidos: ignorando la fuerza conque iba á atacarle Martinez, se hizo fuerte en S. José ocupando las eminencias y dejando al enemigo las subidas escarpadas y casi inaccesibles. Era muy difícil flanquear la posición ó imposible atacarle de frente; pero Martinez hizo marchar toda la noche al grueso de sus tropas para ir á atacarlo por la retaguardia. Dejando las fogatas de su campamento, la artilleria pesada y algunos piquetes que pudieran embarazar su movimiento, con instrucciones

de que no dejaran de hacer fuego sobre el enemigo. volteó la posición y al amanecer se presentó atacando, como he dicho, por la retaguardia. Ni Rocha ni sus gefes de cuerpo, eran hombres para asustarse por tan poco y quedó empeñado el combate en las cumbres de la montaña. En el primer encuentro un batallón de Martínez compuesto de reclutas que acababa de organizarse en S. Luis corrió con su gefe á la caqueza, que no se detuvo sino hasta la ciudad; pero el resto de sus tropas se batió admirablemente logrando dominar al terrible enemigo. Mandaban trozos de caballería muy respetables de nuestra parte Narvaez y Andres Martínez: estos pudieron envolver á los fugitivos y hacer prisioneros al mismo Rocha lo mismo que á los demás gefes, pero como eran todos amigos de Pedro Martínez, no queriendo este causarles aquella humillación, previno que se reconcentrara al campo la caballería y que no se diera ningun alcance.

Se envainaron todos los sables absteniéndose los vencedores del placer que causa correr detras de los grupos de un enemigo que huye, sin volver la cara y completamente desmoralizado.

Inútil es decir que el general Pedro Martínez y sus tropas victoriosas fueron recibidos en S. Luis entre arcos de flores y con la fiebre del entusiasmo.

CAPITULO XXXVII.

ORDEN MILITAR.

En aquellas circunstancias acertó á pasar el general Treviño de regreso para Nuevo Leon. Se alojó en la casa de Aguirre y fué festejado por todos nosotros de un modo delirante. Paseos á caballo, comidas, funciones teatrales, serenatas, bailes, dias de campo, nada escaseamos para complacer á aquel hombre que respetábamos como nuestro caudillo en la próxima batalla importante que se librara en las goteras de la capital.

Aunque pensaba manifestarse reservado, ó á mi me lo pareció por su continente que es de suyo uraño, estaba entre sus hermanos de armas, entre todos los que acababan de hacer juntamente con él la campaña contra el imperio, rodeado de sus amigos mas íntimos y fué necesario que se permitiera ciertas es-